

CEUTA Y MELILLA EN LA ENCUCIJADA

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial a Melilla

Vicente TALON
enviado especial a Ceuta



Uno de los barrios marroquíes de Melilla

UN FUTURO INCIERTO

La primera sensación del viajero que llega a Melilla en avión, a través del estrecho pasillo aéreo que conduce a este pequeño enclave de trece kilómetros cuadrados españoles en Afirca, es de claustrofobia y estrangulamiento. A la derecha del puerto, ya en territorio marroquí, la sombría mole gris del Gurugú con su barranco del Lobo, de tan tristes connotaciones en la historia todavía reciente de España, parece dominar la ciudad, como un permanente recordatorio de un futuro que todavía es incierto.

La cuestión no estriba en que nadie dude de que Melilla, la antigua Russadir de los fenicios, sea una ciudad hispana. Lo que verdaderamente preocupa a los poco más de 46.000 españoles que la habitan es la lentitud en la aplicación, tantas veces solicitada, de una serie de medidas que pongan coto de una vez a los numerosos problemas que aquejan a esta localidad y arrojen luces de esperanza sobre un futuro que, desde aquí y con frecuencia, se ve oscuro e incierto. Por su ubicación geográfica, la ciudad vive desde hace años un creciente complejo de asfixia por parte del entorno y de abandono en lo que se refiere a la Península, que es, en buena parte, culpable de que la situación en la plaza se haya degradado considerablemente.

El complejo de claustrofobia de la población local se ve agravado por "copo" de los resortes comerciales por parte de la población musulmana

El censo de población hispana, según fuentes locales, ha ido decreciendo de modo alarmante desde 1956, frente al auge constante de la presencia marroquí, ya sea «legal» o clandestina, que algunos cifran en más de las 15.000 almas. Los españoles se pueden clasificar en tres categorías: militares, funcionarios de la administración civil y comerciantes. Existe también una pequeña proporción de trabajadores de origen español, de la que se nutren los partidos de izquierda, que, como es lógico, tienen escasa influencia en la ciudad. La existencia de Melilla se ordena en torno a tres aspectos económicos: el carácter de puerto franco, el comercio con el vecino Rif marroquí y el subdesarrollo que impera en esta región fronteriza cuya capital es Nador. Todos ellos han sido los

que, hasta la fecha, han mantenido en Melilla el carácter de ciudad floreciente. Una ciudad en donde corre el dinero —los funcionarios perciben el 100 por 100 más que sus compañeros de la Península— y donde la mano de obra para las tareas inferiores resulta muy barata, al nutrirse en su mayor parte de personal marroquí, que plantea pocos problemas de salarios y Seguridad Social. Sin embargo, este pequeño paraíso, ciudad tranquila y acogedora —la delincuencia es muy reducida—, corre el peligro de desaparecer si no se adoptan medidas de urgencia.

De una parte, el miedo al estrangulamiento y la lenta invasión por parte de Marruecos está en el aire. Las fuerzas políticas locales han llamado numerosas veces la atención sobre el riesgo que implica lo que aquí se ha dado en llamar «marcha de la tortuga»: la afluencia masiva, en incesante caudal, de población procedente del subdesarrollado Rif marroquí. Ello, junto a la disminución de la población española que antes hemos mencionado, quita el sueño a los actuales habitantes, que se ven sumergidos en un mar musulmán antes de pocos años. «Imagínese —me comentaba un conocido comerciante español, de los pocos que van quedando— con lo fácil que les resulta a los marroquíes adquirir la nacionalidad española, lo que puede ocurrir si dentro de pocos años se presentan a las elecciones generales y locales. Se harán los amos. Y, digan lo que digan, por muy españoles que se declaren estos musulmanes, si un día los cosas se ponen mal no tardarían en irse a Rabat a besarle la babucha a Hassán II. Poco a poco se está instalando una quinta columna marroquí que el día menos pensado puede darnos un disgusto.»

De momento, y esto no son suposiciones de exaltados comerciantes españoles, lo cierto es que el 90 por 100 del comercio local se encuentra ya bajo el control más o menos directo de marroquíes, que invierten dinero también en otros diversos sectores. Ello resulta lógico, habida cuenta de que la psicosis de miedo al futuro ha dado lugar a que los españoles no inviertan ya aquí ni cinco céntimos, prefiriendo llevarse sus capitales hacia zonas peninsulares que consideran más seguras. Y a eso se suma el éxodo de las jóvenes genera-

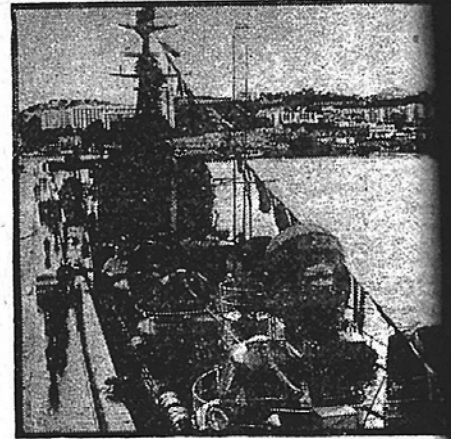
ciones, incapaces de encontrar puestos de trabajo. También los obreros hispanos han desaparecido prácticamente, pues a los patronos les resulta más rentable contratar marroquíes. Y la pesca... La mayor parte de los barcos que abastecen la ciudad son marroquíes. En el puerto melillense, los buques atracados no se llaman: «Candelaria», «Virgen del Carmen» o «María Martillo», sino «Najat», «Mohamed» o «Fatma». Por otra parte, en lo que se refiere a alimentos, todos llegan del otro lado de la frontera. Si por una u otra razón se cerrase ésta, y habida cuenta de las dificultades de comunicación con la Península, Melilla sufriría una grave carestía de productos de primera necesidad.

(Continuará)

1 **D**E «invasión silenciosa» se ha venido calificando, en los últimos años, la más que masiva migración de marroquíes a Ceuta. Esta presencia es de lo más visible en calles y plazas, pero se sublima de una manera tan especial como poco grata en el barrio —de alguna forma hay que llamarle— Príncipe Alfonso.

Amasijo de chabolas misérrimas, quintaesencia de la postración social y del abandono, cancha abierta para la prostitución, el contrabando y las drogas, en el perímetro de un kilómetro cuadrado que ocupa el barrio del Príncipe Alfonso se apiñan entre veinticinco y treinta mil personas —casi todas musulmanes— en unas condiciones en las que, según «El Faro de Ceuta», «no pueden vivir ni los animales». Sin embargo, ahí está la evidencia, «viven» y pesan con su sombra siniestra sobre una población que se pregunta, en primer lugar, qué hacen allí, y después, por qué se ha permitido su asentamiento.

En efecto, una inmigración que responda a motivaciones plausibles, como lo es, si se quiere, la de proveerse de mano de obra barata, sería lógico que recibiera luz verde de las autoridades; pero, sin embargo, parece claro que una inmensa mayoría de los residentes en el «ghetto» Príncipe Alfonso no tienen, en Ceuta, ni oficio ni beneficio. ¿Entonces? A esta pregunta las autoridades locales suelen contestar que continuamente expultan a los marroquíes, pero que éstos, apenas cruzan la raya fronteriza, vuelven a regresar. También sostienen, muy «off the record», por supuesto que la miseria de la barriada en cuestión es institucional. Es decir, que la mantiene en tan desas-



Vista del puerto de Ceuta

PREOCUPA LA INMIGRACION MARROQUI

«entreguista», y que pidió editorialmente «que de una puñetera vez se clarifique el tema de las tarjetas estadísticas». Falta un exhaustivo control sobre los marroquíes que llegan por tierra y casi carecen de el sobre los que utilizan como camino el mar, «ya que la entrada por mar se puede realizar sin preocupación».

De momento, los musulmanes no dan quebraderos de cabeza especiales. Pero muchos los ven como un

felices por la presencia de tantos ciudadanos sobre las antiguas plazas de beranía. Allí se pregunta cómo es que las autoridades españolas, pese a presión en sentido contrario de las fuerzas vives cales, son tan permisivos con los inmigrantes que gan a la maquiavélica conclusión de que es posible de que el gobierno de Madrid, de a un más tarde o más temprano irremediablemente el problema de los organismos des-

★ Los españoles temen que sea un caldo de cultivo revolucionario

trosas condiciones de habitabilidad, higiene, escolarización, etc., para disuadir a los posibles inmigrantes. «Y así y todo...»

Aunque, desde luego, existen musulmanes con documento nacional de identidad español, muchos no poseen papel alguno que les respalde, y otros se encuentran en la cuerda floja al ser los titulares tan sólo de una denominada tarjeta de estadística, a la que se considera de dudosa legalidad y que irrita a los ceutíes en razón de que con ella se puede residir en su ciudad, pero no viajar a Algeciras. «¿Es que esto no es España y lo que aquí sirve pierde su validez al otro lado del Estrecho?», se preguntan.

Para «El Faro», que ha calificado la política del Gobierno de Madrid de

caldo de cultivo para el llamado Movimiento de Liberación de Sebta y para el Frente Patriótico Marroquí, organismos más ficticios que reales, pero que el día de mañana, si fuera necesario, podrían cobrar algunos perfiles concretos. Esa población, dicen aquí, le daría también argumentos al Gobierno de Rabat en el caso de que decidiese plantear el problema de Ceuta y Melilla ante el Comité para la Descolonización de las Naciones Unidas al compaginarse la existencia de estos «autóctonos» con características de tipo colonial tales como una administración civil bajo control militar, un plus de residencia en los sueldos de los funcionarios del Estado, etc.

Lo curioso es que en Rabat, como he comprobado, tampoco se sienten nada

nizadores de las Naciones Unidas, están tratando fabricarse, como ya lo hacen los ingleses en Gibraltar, sus propios «llamados». En efecto, y siempre acuerdo con estas especulaciones, se trataría de pagar a esos marroquíes los intereses de España a medio de cebos económicos de tal manera que se produjese una reivindicación formal de Marruecos musulmanes, entorpeciendo a la cartera, y sen por esta última, cabe la menor duda de un frente común de Pepes con los Mohab permitiera a España, es el caso de Londres respecto a Gibraltar, niobrar en su propio beneficio, alegando su derecho a la soberana voluntad de los habitantes de la reclamada.

(Continuará)

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial a Melilla

CEUTA Y MELILLA, EN LA ENCRUCIJADA

Vicente TALON
enviado especial a Ceuta



Vista del puerto pescador de Melilla, al pie de la ciudad antigua.

“LA SOBERANÍA COMPARTIDA ES UNA UTOPIA”

● Los melillenses desconfían de una solución que supusiera la convivencia con los musulmanes en pie de igualdad

En Melilla, mire uno hacia donde mire, encuentra a Marruecos por todas partes. La semicircunferencia que constituye la línea fronteriza encierra trece kilómetros cuadrados de tierra española, cuya única salida geográfica la constituye el mar. Tres kilómetros de costa son, en principio, el «cordón umbilical» que une la ciudad con la península. Pero hasta tan estrecha vía de agua se encuentra amenazada.

Puesto que Marruecos no reconoce la soberanía española sobre la plaza, sobre sus aguas jurisdiccionales no hay ningún documento pactado entre Madrid y Rabat. Según los usos internacionales, esos tres kilómetros de costa deberían ser, en teoría, aguas jurisdiccionales españolas. Máxima si tenemos en cuenta que Melilla es una ciudad inquestionablemente marítima y que, sin esa salida franca, el puerto se vería estrangulado por completo. Pero la realidad no es tan simple. Junto al puerto melillense ha sido construido un gran puerto marroquí, que partiendo de la vecina playa de Beni Enzar se adentra en aguas en principio españolas y envuelve prácticamente todo el perímetro marítimo del enclave español. La intención de Marruecos al construir esta larga escollera ha sido doble: en primer lugar, crear la estructura del que en Rabat se planea será el «gran puerto de Melilla», una vez se restablezca «la soberanía chefiána» sobre este pedazo de tierra española que Rabat reivindica como suya, fiel a su costumbre de reescribir la Historia a su conveniencia.

El segundo aspecto de la construcción de la famosa escollera, claramente visible desde cualquier lugar de la ciudad, reside en que sólo deja al puerto español de Melilla una abertura de trescientos metros de anchura y, lo que es más grave, penetra dentro de las aguas españolas. Lo extraño es que no ha sido construida de la noche a la mañana, sino que los melillenses la han visto crecer a lo largo de dos años, ante la más absoluta pasividad de las autoridades de Madrid. Las repercusiones psicológicas de este hecho son bastante graves, pues acrecientan aún más el complejo de claustrofobia local, amén de que, como señalaba un miembro de la Asociación Pro Melilla (APROME): «Si la escollera se considera territorio marroquí, y también las aguas que la rodean,

resulta que, en virtud de las disposiciones internacionales sobre aguas territoriales, en cualquier momento Marruecos puede prohibir el paso de buques españoles por la boca de nuestro puerto, bloqueándonos el paso de la forma más impune. En resumen, que estamos más cercados que los de Numancia, pero con mucha menos moral. Tal y como están las cosas, no nos levanta el ánimo ni la Mari Cruz Soriano haciéndonos la respiración boca a boca.»

En realidad, y tras mantener diversos contactos con las fuerzas políticas y económicas locales, una conclusión es evidente: Melilla se encuentra invadida por una ola de escepticismo y aprensión sobre el futuro, de la que, quizá, sólo escapen los hombres de UCD, que sí han cobrado ánimos tras la reciente visita del presidente Suárez a la ciudad. En otros sectores se habla cada vez más de la necesidad de una negociación seria, no sobre la españolidad de la plaza, que es incuestionable, sino sobre las condiciones en que ésta se desarrollará en el futuro. Negociación que podría tener lugar con Marruecos, se señala aquí, pero que también pudiera llevarse a otras instancias internacionales. «Por ejemplo —comenta un alto funcionario— si tanto desea Estados Unidos que España entre en la OTAN, no estaría de más poner, entre otras condiciones, la garantía total y definitiva de que se respetará la españolidad de Ceuta y Melilla, y su reconocimiento como tal por parte de los países de la Alianza. Sería una forma de parar los pies a Hassán II que, de eso no cabe la menor duda, en cuanto se vea demasado presionado desde el interior echará el tema sobre el tapete.»

Una cosa sí está clara. Cualquier solución de futuro que suponga una soberanía compartida con Marruecos supondría el éxodo masivo de los españoles residentes en la ciudad. «La convivencia con los musulmanes en pie de igualdad —aseguran dirigentes de APROME— es una utopía. Tarde o temprano terminarían por asfixiarnos.» Y antes de que eso llegue, señalan otros radicales más exaltados, «le prenderíamos fuego a la ciudad, para no dejarles más que cenizas de lo que hemos construido aquí con tanto esfuerzo.»

(Continuará.)

2 UN “SI” MAYORITARIO A LA OTAN

Ceuta, como Melilla, tienen una dimensión militar interesante para España, pero también, qué duda cabe, para las grandes potencias, a las que no se les escapa su estratégica situación en una zona de tan relevante importancia como es la del Estrecho de Gibraltar.

Aunque sobre este tema es imposible obtener documentación fiable, las posiciones soviética y norteamericana resultan presumibles. La más singular es la de Moscú, favorable, al parecer, a una neutralización de ambas plazas, ya que si entregáramos a Marruecos sería tanto como ponerlas a disposición de Occidente, permitir su retención por España significaría que la OTAN iba a colocar un pie en el norte de África el día en el que el Gobierno madrileño cristalizase —si es que lo cristaliza— su anunciado propósito de ingresar en la Alianza.

La neutralización de Ceuta y Melilla, siempre de acuerdo con esta interpretación, habría de pasar por un proceso de autodeterminación e independencia de ambas ciudades, proceso respaldado y militarmente apoyado por Argelia, que contaría a su vez, para el caso, con la asistencia de la Unión Soviética.

El papel de Argelia, que a algunos extrañará, resulta perfectamente lógico, habida cuenta de que ya lo ha desempeñado en otras circunstancias, como por ejemplo, sustentando al MPAIAC de Antonio Cutillos, a cuya disposición puso hasta las antenas de su emisora nacional, en la época en la que se hablaba de construir una gran base aeronaval, susceptible de ser utilizada por los norteamericanos, en el archipiélago canario. El MPAIAC fue hibernado y las emisiones clausuradas cuando los sozcos de soberanía asumen una actitud distinta al suvéticos recibieron las segu-

ridades que estaban buscando.

De momento, existe ya una difusa Unión Popular de Ceuta, que bajo el redundante lema «Ceuta para Ceuta» patrocina la vía de la independencia como la más aconsejable para los intereses locales. Este movimiento, y el similar actuante en Melilla, que se remiten como objetivo al dorado ejemplo de Andorra y de Montecarlo, son aún demasiado nebulosos como para que puedan ser tomados en consideración; ni tan siquiera a nivel testimonial.

Por lo que respecta a Norteamérica, la presencia en el sector del estrecho de Gibraltar y de Rota hace que la situación, desde su punto de vista, resulte tranquilizadora. Cabe citar, de cualquier modo, como anecdótica, que en 1976, el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, propuso la entrega de Ceuta (Sebta, para los marroquíes) y Melilla, más los islotes de Vélez (Bedía), Alhucemas (Nekkor) y Chafarinas (Zafarín) al Reino alautita. El proyecto, del que habla Antonio Troncoso en un reciente libro, estaba llamado a darle satisfacciones al aliado marroquí, aunque ignoramos si se había obviado la opinión española o es que existía con Madrid algún tipo de acuerdo, inimaginable, a decir verdad, al respecto.

Curiosamente, mientras que la opinión mayoritaria de los canarios es contraria al ingreso de España en la OTAN, en las antiguas plañones que, siendo atlantista, se encontrarían más protegidos. Es natural, por ello, que a Adolfo Suárez

Los ceutíes desean resguardarse bajo el “paraguas” atlantista

se le hicieran preguntas muy concretas sobre la OTAN durante su visita a Ceuta y que el período local incluyese reiteradas alusiones a tan problemática cuestión.

Lo que habría que hacer es si la OTAN, con España en la Alianza, asumiría el caso, la defensa de Ceuta y Melilla. Según un destacado político marroquí, militante del partido comunista de ese país, en absoluto. Respondiendo con un extenso artículo del diario «Al Bayane», el trabajo publicado en la revista «Defensa» por el capitán de corbeta de la Armada española, Jorge Cervera Gross, Levy acaba de decir que la recuperación por marroquíes de Tarfaya de Ifni y del Sahara por parte de su firme propósito de conseguir la unidad territorial, señala el destino «inevitable» de Ceuta, Melilla y de los islotes. «La OTAN —concluye— lo que existen pocas posibilidades de que establezca acuerdos con relación a las posiciones tan precarias que ocupan.»

Por supuesto, los círculos militares de España no se han pronunciado sobre el tema y ni tan siquiera sabemos si la opinión atlantista del actual Gobierno español hará caso. Pero, en cualquier caso, tengamos el hecho noticio de que hay dos ciudades, menos, en las que un referéndum sobre nuestro ingreso en la OTAN se ha contestado con un «sí».

(Continuará.)



Las calles de Ceuta son una curiosa simbiosis de población española y musulmana.

Arturo PEREZ-REVERTE,
enviado especial a Melilla

CEUTA Y MELILLA, EN LA ENCRUCIJADA

Vicente TALON
enviado especial a Ceuta

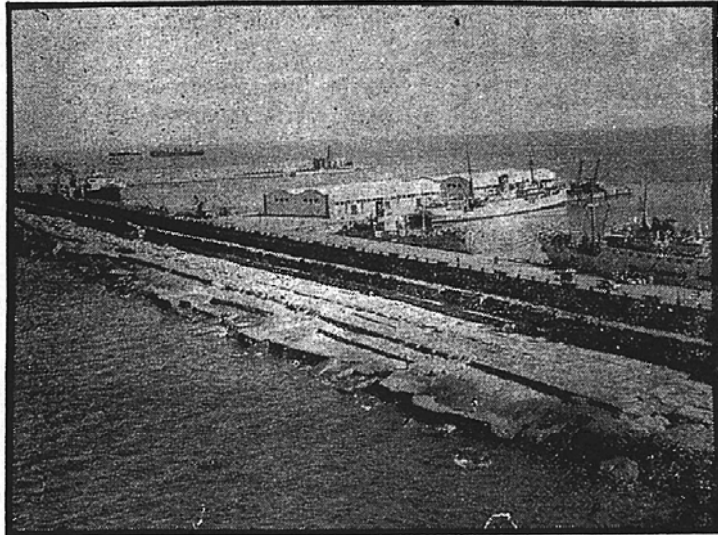


Foto de archivo del puerto melillense. Hoy la entrada se estrecha a causa de la construcción de una escollera marroquí

“QUE NO SE VAYA NI UN SOLDADO”

HAY un aspecto curioso en la vida melillense. Cuando el viajero, en tertulia amistosa con los habitantes locales, alude como de pasada a una posible reducción en el número de tropas que guarnecen la ciudad —diez millares de militares, lo que supone casi uno por cada cinco civiles—, automáticamente los interlocutores ponen el grito en el cielo. «El Ejército es nuestra seguridad», dicen. «De aquí no puede moverse ni un soldado.»

● La población melillense se opone a cualquier hipotética reducción de los efectivos militares establecidos en la ciudad

Curioso sentimiento. Especialmente si tenemos en cuenta que cualquier defensa militar de Melilla, en el hipotético caso de una amenaza grave del «enemigo potencial del Sur», como se dice en ámbitos castrenses, no gravitaría primordialmente sobre la guarnición local, sino que se llevaría a cabo, dentro de más extensas coordenadas estratégicas, desde la Península. Según los analistas, y utilizando bases puramente objetivas, los dos regimientos de Regulares, las tres banderas del Tercio, Caballería, Ingenieros, Marina, Artillería, Intendencia, Sanidad, Farmacia y otras unidades aquí radicadas suponen un volumen de tropas desproporcionado para las necesidades reales de la plaza.

Todavía otro detalle. En fecha aún reciente, el Ministerio del Interior intentó reducir en un 20 por 100 la plantilla de la Policía, lo que suponía prescindir de 43 hombres. Tal medida no llegó a llevarse a cabo, se indica aquí, a causa de las vehementes protestas surgidas en el seno de la población española. Ante todo ello, surge una pregunta obvia: ¿Realmente son necesarias tantas fuerzas para dar seguridad a Melilla?

Las razones de este rechazo a cualquier reducción de los efectivos militares hay que buscarla, en opinión de este enviado especial, más en resortes psicológicos que prácticos. Es cierto, sin duda, que el comercio de Melilla vive a costa de y para los militares; pero lo cierto es que la razón fundamental de que se desee atornillar aquí hasta al último soldado res-

esas necesidades han desaparecido. Estratégicamente esta ciudad no supone nada para nadie, ni para España ni para Marruecos. Sólo la mantiene ligada a España precisamente eso, su carácter de indiscutible españolidad.

Y ahí está el quid del asunto. El melillense, que ha visto muchas cosas y sigue temiéndose ver muchas más, alberga a veces sus dudas sobre si esa incontestable españolidad, si un día las cosas vienen mal dadas, sería razón suficiente para que el Estado español, gobierne quien gobierne para tal fecha, siguiera dispuesto a conservar estos 13 kilómetros cuadrados de España africana. Por eso, sin saber exactamente por qué, pero confiando en su intuición, la población hispana de Melilla presiente que la presencia militar en la plaza, aparte de conferirle paradójicamente una razón para seguir existiendo como hasta ahora, constituye por otra parte una garantía de estabilidad y españolidad a toda prueba, de solidez y firmeza. Y por eso se califica cualquier intento de reducir la guarnición como un «acto de entreguismo». Como señala un prominente miembro de APROME, «estas cosas se sabe cómo empiezan, pero nunca se sabe cómo terminan».

Y hay otro aspecto que es obligatorio mencionar. El melillense tiene la convicción de que, en un Ejército tan tradicionalmente ligado a África y, por tanto, con una historia tan unida a esta ciudad, tendrá siempre su defensor más esforzado. Por eso los militares y Melilla deben seguir unidos, dicen. Como me comentaba hace sólo unos días el delegado del Gobierno en la plaza, general Bourgoin: «El cementerio de Melilla es el más hermoso que conozco, porque está lleno de historia de España.»

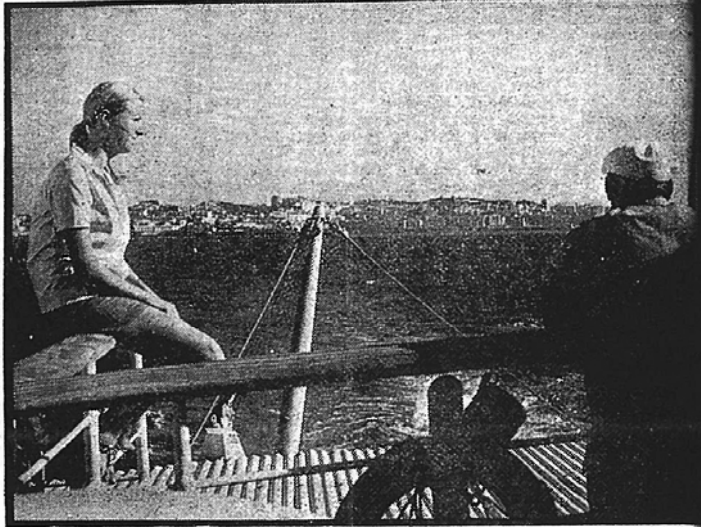
FIN DE LA SERIE

y ③ MIEDO A UNA NUEVA

El mismo día que Adolfo Suárez inició su breve e intenso periplo norteafricano, «El Faro de Ceuta» insertó una carta abierta en la que uno de sus lectores le preguntaba al jefe del Gobierno si, en el caso de plantearse una reivindicación sobre Ceuta y Melilla apoyada por las Naciones Unidas, España defendería a esas ciudades «como si fuesen Madrid o Barcelona».

“MARCHA VERDE”

En los momentos presentes Marruecos no plantea reivindicación oficial alguna



El turismo, una de las principales fuentes de ingresos para la economía ceutí

La pregunta refleja la preocupación que reina en las antiguas plazas de soberanía desde que hace un lustro las que parecían ser sólidas e inapelables posiciones de España en el Sahara Occidental se derrumbaron, de la noche a la mañana, como consecuencia de la presión combinada de la «marcha verde» marroquí, y de una opinión pública internacional favorable a nuestra retirada inmediata de aquel territorio.

De momento, y pese al hecho cierto y hasta masivo de esa preocupación, ninguna amenaza parece cernirse sobre Ceuta y Melilla. Desde el lado español, la mayoría de los partidos se pronuncian claramente en su favor. Esa es la postura de UCD y, también, la de Alianza Popular que, tras el famoso lapsus de hace unos años, ahora afirma, programáticamente, que «Ceuta y Melilla no son negociables porque son tan españolas como Sevilla o Barcelona». El PSOE, desde unas fórmulas ambiguas, pasó a afirmaciones como las que hace sólo unos días hizo un miembro de su comisión internacional, Emilio Menéndez del Valle, para quien las ciudades de referencia son, pura y simplemente, «partes integrantes del territorio nacional español». No está muy claro si el PCE las continúa considerando enclaves coloniales, como en el pasado, y en cuanto al PSA habría que preguntarle al propio Rojas Marcos, de quien son estas palabras, que quiso decir cuando declaró que el futuro gobierno andaluz habría de arbitrar «el retorno de esos habitantes, al igual que el de los emigrantes».

Por el lado de Marruecos la tranquilidad es absoluta. Por supuesto que de vez en cuando, conectados siempre con maniobras de la política española lesivas para los intereses de Rabat, aparecen artículos en los que se habla de Sebta (Ceuta) y de Melilla como puntos irredentos del mapa nacional. Por supuesto que de tanto en tanto esta o aquella personalidad marroquí, en su propio suelo o en aeropuertos internacionales, recuerdan que la reivindicación sigue planteada. Pero, sobre los unos y sobre los otros, está la actitud del Rey Hassan quien ha dicho que mientras que Gibraltar sea inglés no moverá un dedo por recuperar lo que considera propio.

Paradójicamente, al fuego de la reivindicación alauita se le echa más leña de nuestro costado que desde el suyo, también se intoxica tanto o más a la opinión pública. Si como muestra sirve botón, citaré que hace sólo una semana el periódico bilbaíno «Deia» titulaba: «En la reunión sobre seguridad en el Mediterráneo, Marruecos vuelve a reivindicar Ceuta y Melilla.» Quien defendía a la letra pequeña se enteró que en esa reunión, de irrelevante importancia, un tal Zaharir Omar, desconocido representante de un no reconocido partido Opción Revolucionaria marroquí, era quien había hablado de Ceuta y de Melilla. Es decir, nada.

Hoy, vamos a repetirlo, reina la tranquilidad. Pero el problema está en mañana. ¿Ceuta y Melilla como Madrid y Barcelona? A quienes utilizan ese lenguaje debería recomendarles prudencia, porque asumirlo significa mucho. Hace años se convirtió en provincia Guinea Ecuatorial y al Sahara, por hablar de Ifni, sentando el principio ridículo de que las provincias españolas pueden dejar de serlo y convertirse en Estados independientes o en territorios absorbidos por el vecino. Que no se repita ahora ese gravísimo error.

Sería muy poco popular, pero si necesario, plantear, respecto al futuro de Ceuta y Melilla, junto a la hipotética supervivencia de su actual «estatus», otras posibilidades para que, si llegan, no cojan descuidados y debamos de emprender, como en el Sahara, otra retirada ingloriosa. A este respecto Gonzalo Acaba de publicar en el semanario «En Ceuta», bajo el título de «Ceuta, Melilla y Gibraltar», un artículo no sólo valioso sino excepcionalmente lúcido. Ha venido a decir, sin pelos en la lengua, que el nacionalismo es mal consejero para resolver problemas como los que se plantean en el Estrecho, que no cabe aplicar el calificativo de colonia sólo en función de nuestros intereses, y que se pueden preparar el mañana a partir de hoy por medio de un proceso de transferencias-integraciones sin traumas.

Pero o mucho me equivoco, los cursos de esta especie están llamados a perderse en el viento.

FIN DE LA SERIE